

ANÁLISIS DE "BARCAROLA DE UN ESCÉPTICO"

por WILFREDO PENCO

"Barcarola de un escéptico" es uno de los mejores y más significativos poemas de María Eugenia Vaz Ferreira. Y aunque no conozco análisis valorativos particulares de la composición, la crítica —en general— ha coincidido en dicha opinión. Las discrepancias se manifiestan con respecto a la ubicación del poema dentro de la producción de la poetisa uruguaya. En realidad, se trata de enfoques globales diferentes. Algunos como Alberto Zum Felde formularon una división por períodos, vinculados —cada uno de ellos— a distintos momentos vitales de la poetisa. En cambio "Lauxar", que reconocía la vinculación entre la experiencia vital y los poemas, soslayó la clasificación por etapas y sostuvo que las actitudes poéticas diferentes, de apariencia contraria, provenían de una misma posición espiritual, de un mismo "descontento profundo, extremo, de toda realidad inmediata". La posición más discordante es la de Mercedes Ramírez de Rossiello, que en estos últimos años ha escrito: "No creemos que ninguna anécdota, que ningún episodio, que ninguna circunstancia exterior a la propia vocación de María Eugenia Vaz Ferreira puedan valer como explicación del gradual pasaje de la etapa de la posibilidad del amor a la etapa de la soledad definitiva... Simplemente se consumó con su redoblada carga de dolor enriqueciendo la nada con un penetrante análisis que ahondaba año a año la desolación". Antonio Seluja, que se inclina por el enfoque esbozado por Zum Felde, coincide sin embargo con la Sra. de Rossiello, al afirmar que "fue replegándose en si misma, para auscultar su propia alma, transida de soledad y noche". Por lo tanto, llámesele "etapa penosa de su tránsito", "momento definitivo", "zona calcinada" o "descontento profundo", el centro creador de "Barcarola de un escéptico", responde a una íntima y desgarradora tragedia personal. Se trata de un conflicto enquistado en un espíritu ya complejo y difícil por naturaleza, que se manifiesta en una actitud poética definida que caracteriza los últimos años de su creación y de su vida.

Desde el título, María Eugenia anuncia la tónica del poema: "Barcarola de un escéptico". Las barcarolas fueron patrimonio de los gondoleros venecianos que alimentaban con sus cantos el mito de la ciudad romántica. Luego adquirieron un signo universal, al extenderse a otras ciudades y a otros pueblos. Los marineros atemperaban su soledad con las barcarolas que cantaban al compás de las ondas marinas y del balanceo de sus embarcaciones. La fresca brisa impregnada de salitre se detuvo en cada puerto y dejó la fragancia de estas canciones que parecían surgidas de lo más profundo del mar. Ese mismo mar que deslumbró a María Eugenia y que se constituyó en una de las constantes de su poesía. Baste repasar ligeramente "La Isla de los Cánticos", para confirmarlo. Veamos algunos ejemplos:

Con el vaivén de los mares
mi corazón hizo rima,
y se rompieron las olas
en espumas cristalinas...

(Solo tú)

se borran los mirajes
como en el mar la curva de las olas
y la fugaz estela de las naves...
(Las quimeras)

Del mar las ondas azules
una vez besan la playa,
y el céfiro rumoroso
dice su secreto, y pasa...
(Improntu sentimental)

Podríamos transcribir también versos de “Canto verbal”, “Holocausto”, “El ataúd flotante”, “Vía Secreta” y otros poemas. Pero donde realmente el mar adquiere la dimensión exacta que de él tenía María Eugenia, es en “Único Poema”:

Mar sin nombre y sin orillas,
soñé con un mar inmenso,
que era infinito y arcano
como el espacio y los tiempos.

Es el mar inmenso y sin límites, un símbolo ideal, inaccesible, inubicable y si se quiere misterioso como la estrella de su poema homónimo. A esta altura conviene preguntarse si el símbolo ideal de María Eugenia es solo producto de ficción. Y si necesitó crearlo para contraponerlo a su concepción escéptica del mundo, como una forma de equilibrar su conflicto vital y de justificar su penosa existencia. Las interrogantes quedan planteadas y constituyen parte de la aureola que rodea la naturaleza de su complejo espíritu. Solo algunas claves pueden ser descifradas, y ellas en parte, se encuentran en “Barcarola de un escéptico”.

Veamos la estructura del poema. Está constituido por cuatro estrofas desiguales. La primera, de siete versos, la segunda y la tercera, de seis, y la última de tres. Los versos están compuestos de cuatro a ocho sílabas y su rima es consonante o perfecta. Esta es la consideración formal que merece la composición. Porque como decía con acierto “Lauxar”, en los versos de María Eugenia Vaz Ferreira “poco o nada importa lo exterior, la vestidura, la vestimenta. Lo que interesa con importancia no sólo principal, sino exclusiva, es el espíritu, la entraña sangrante que palpita y sufre con vibración de herida mortal”. Y ese espíritu se muestra desnudo, sin artificios, tal como es, en la Barcarola. Es una necesidad para el poeta entregarse y transmitir su angustia y aún su desgarrada imagen. Es el reconocimiento de un fracaso, el de la vida misma:

Alma mía
que tornas al viejo lar
con la red seca y vacía
de las orillas del mar,

El hecho de haber arrojado la red, indica un intento de comunicación de relación con el mar, símbolo —como ya vimos— de infinitud, de grandeza, e ideal de su más íntima aspiración. Pero el fra-

caso de ese intento es absoluto: la red vuelve seca y vacía. No solo no ha recogido nada. Ha vuelto seca, ésto es, sin ningún elemento que pueda justificar la esperanza de un nuevo intento. ¿Cuál es la causa de ese fracaso? La propia María Eugenia lo dice:

con la red seca y vacía
que en la plenitud del día
no te atreviste a arrojar.

No se atrevió a arrojar la red en la plenitud del día, que representa al mundo que la rodea, al movimiento rutinario que la abruma. Se vé desbordada y eso le produce miedo, por lo cual se repliega en sí misma, en la soledad, en la noche: "Sólo tú, noche profunda, me fuiste siempre propicia" dice en el poema "Sólo tú" y en "Invocación" agrega: "Oh noche embriagadora / hecha de soledad y de desesperanza". Sola, desesperanzada, trata de buscar un consuelo: el fracaso de los otros:

Yo he visto los pescadores
pescando gloria y amores
que disiparon después.
Unos llevan cosas muertas;
otros las llevan desiertas:
lo mismo es.

Este consuelo, sin embargo, no puede asimilarse a su derrota, definitiva, personal, inmodificable, que ella misma reconoce en "El ataúd flotante": "Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta". Es significativo que muchos años después, un poeta de otra generación, desde una posición vital y lírica totalmente distinta, haya sentido una similar sensación de soledad y de desesperanza ante la realidad inmediata. Me refiero a Líber Falco, que desde "Equis andacalles" nos dice: "Cuando voy por las calles / —sube y baja— / de esta Montevideo, madre cruel, / cuando voy por sus calles, / algo me dice que estoy muerto. / Y muerto estoy". Y en otro poema: "La noche es como un mar entonces / donde me pierdo y llamo / y nado como un naufrago". Naufragio, soledad, aislamiento, incomunicación, muerte. Son todos términos de una única tragedia; son en definitiva lo mismo:

Unos llevan cosas muertas;
otros las llevan desiertas;
lo mismo es.

Es palpable un autoconvencimiento de lo estéril de su lucha. El escepticismo aflora dramáticamente. Y la opción es clara:

Entre la arena y las olas
existen dos cosas solas:
morir o matar.

Morir: ir muriendo en soledad, replegándose, consumiéndose; o matar: terminar con ese mundo que rechaza, aferrarse a su ideal, desplegar todo su orgullo y desprenderse de su carga terrena. ¿Esto

último es posible? Evidentemente no; su símbolo vencedor, como dice en "Heroica", es inaccesible. Pero morir ¿es la solución por la que opta? De ello no nos habla en "Barcarola de un escéptico". Deja planteado, simplemente, su escepticismo con un halo de nostalgia:

Alma mía
que traes la red vacía
de las orillas del mar...

Vuelve, pues, al planteo de los primeros versos y deja inconclusa toda solución al conflicto, cuyo esquema aparece de nuevo, sin modificación, y se extiende indefinidamente en los puntos suspensivos finales. Para acercarnos a una respuesta concreta a las interrogantes planteadas, es necesario hurgar en otros poemas. Quizás la podamos encontrar en "El Regreso". Allí, María Eugenia dice:

mis pasos van por la salvaje selva
en un perpetuo afán contradictorio,
la voluntad incierta se deshace
para tornasolar la fantasía;

.....

He de volver a ti, propicia tierra
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro dolor de carne viva
y la pasividad de las estatuas.

Y sin embargo no es ésta su última palabra, sino un elemento más de su "perpetuo afán contradictorio". Además, la vida, para ella continúa, implacable, dolorosa, sin un final que se perciba cercano.

María Eugenia Vaz Ferreira fue la eterna escéptica, y nada pudo quebrar esa forma de encarar la vida. Pero "Barcarola de un escéptico", como toda su obra, es un testimonio de indiscutible autenticidad, y ese solo hecho justifica la admiración que palpita incluso bajo los más cautos estudios que sobre ella se conocen.

WILFREDO PENCO.